



VELLOCINO DE ORO

Algunas lenguas nos han dicho que en la calle Progreso, en Burgos, hay un edificio con un cuarto piso, en donde la zorra le anda rápido al carnal becerro, con masaje en el tocino y final feliz.

Hemos llamado por teléfono desde un locutorio público, y una tal Zalea ha quedado con nosotros que dejaría la puerta de entrada medio abierta para que pasáramos rápido y calladitos, y no se dieran cuenta los vecinos, pues ya van diciendo en la comunidad “que en este edificio hay una huerta de repollas y coles”.

Mi amigo Jasón y yo, Atamante, nos hemos acercado a la casa raudo y veloz, como dos argonautas con la picha tiesa, decididos a sacrificar nuestra erección por veinte Euros.

-Soy burgalés, decía Jasón; y he de pagar como palomo castellano.

-Y yo, madrileño, le contesté; y he de pagar como gato.

En el camino, se nos cruzó un conocido, Zapata, con el que, algunas veces, tomamos una copa en El Baúl de la Piquer, quien, viéndonos así de salidos, nos espetó:

-Otra vez vais a follar de pobre, ¿eh?

-Y tú, a tomar por culo, maricón, que te pagan como tal, le contestó Jasón.

Seguimos la calle, entramos en el edificio y en su casa. Yo cerré la puerta y, justo al cerrarla, se encendió una luz del recibidor. Para sorpresa nuestra, allí estaban Zalea e Ino, desnudas de cintura para arriba, y no de abajo; lo que nos entristeció mucho a los dos, pues allí inmolaríamos el cuerno de nuestro carnero prodigioso. Lo que no sucedió.

Las dos mujeres desdentadas eran más viejas que la pana, feas a rabiarse. Sus tetas, como quesos manchegos, colgaban con un pezón que bailaba como loco el baile de san Vito. En nuestra experiencia, jamás nos habíamos encontrado con tal espécimen de hembras.

De cintura para abajo, colgaba como un vellocino de oro con olor a meado menopáusico, cual estrecho que separa el Mediterráneo del mar Negro. Pero, esto, no era lo peor, pues debajo del vellocino de oro llevaban como un palo colgante entre los muslos. ¡Eran travestidas!

-Venga, que cante vuestro gallo, nos ordenó Ino.

-Sí, vuestra tal cosa, exclamó Zalea. Poneos el condón, que vamos a chupároslo.

Pensando yo: “Pero bueno, un palo debajo de su vellocino de oro. ¿Estamos locos de amor?”, le ordené a Jasón, quien siempre lleva consigo unos alfileres con los que pincha en la nalga a la chica o mujer que se pone delante de él en el autobús:

-Jasón, dame un alfiler y pinchémoslas en las ingles.

Mientras ellas reían; nosotros intentando abrir su vellocino de oro con nuestra picha erecta; con la excusa de estar locos por ellas, las pinchamos en las ingles y, ¡oh, sorpresa! ellas se desinflaron y se fueron por los aires del pasillo de la casa hasta llegar a la cocina, quedando, en el suelo su vellocino de oro, sobre el que hicimos caer los espermatozoides de nuestra eyaculación, escapando, después, de la casa y edificio, caminando, como dos carneros mochos, hasta llegar a la Catedral, donde, en un bar de su plaza, habíamos quedado con dos putas dominicanas, un día antes, Medea y Hele, como ellas nos dijeron que se llamaban.

Allí estaban ellas. Sobándonos las pichas, cual Aladino su lámpara, fuimos hacia ellas, Jasón gritando:

-Tarará, tararí, el toro va a salir.

Y yo:

-A por ellas. Al fin, a meterla, en el vellocino de oro. ¡Ya es hora!

-Daniel de Culla